

!Late, late, corazón de desierto, clava tu metafísico silbido sobre la ancha dehesa, bloquea con tus brazos de poderoso aire su silueta redonda! !Muerde con tu lengua alada sus vigas de intratable madera, sus muros requemados de sol, su mole naciendo de la tierra seca, su desesperado vivir alentando minuto a minuto bajo el tórrido cielo!

Es la noche estremefia, la noche seca de clamores y cantares, vacía de sonidos tiernos, plena de sonidos terribles y duros. La tierra es ancha, plana como un pecho de hombre, con escaso vello en su correaosa epidermis.

La luna, con la hondura blanca de sus cuernos iluminados, abraza a la tierra con su luz de planta, pálida y tibia. Pero el viento no, el viento es cálido como un siroco antillano, caliente como un órgano vivo y viene del horizonte lejano con fuerza de toro sin maroma, naciendo en la frontera donde el cielo negro y la tierra roja se unen en una sola línea. Los trigos sedientos, maduros de rubia sangre, le ven avanzar lento como con trote suave, pero cuando lo sienten sobre su carne, dando en la cara de la tierra, levanta una flama rápida y violenta. Cuando se dirige a las encinas, secas y corpulentas, arrasa su tronco con su látigo ardiente, como si la frescura de una caricia fría le estuviese vedada.

Cuando el viento se precipita sobre la dehesa y la abraza en su camino fatal, la dehesa gime fuertemente, porque es una posesión violenta la que cada noche se produce. Cuando aparece en el horizonte parece venir a rendir una sumisión dulce, pero cuando bordea los altos vallados de los límites de la hacienda, con crecimiento gigante desde sus profundas isothermas, rectanguliza plenamente su virilidad en torno a la dehesa de Tobías Miñaya. Su alma telúrica vibra de contenida pasión y la toma es poderosa e inevitablemente feroz.

El penetra por los grandes ventanales de los establos y pone luces de inquieta melancolía en los ojos de los caballos, haciéndolos soñar con la

libertad de las grandes manadas. Se agitan a veces tan fuertemente que contagian a las yeguas madres, de ojos tiernos y cansados, que han dado muchos potros ya a la hacienda de los Miñaya y han comido durante bastantes años su mesada en el establo.

El viento ha despertado en ellos su nostalgia de naturaleza y de vida y es entonces su olor el que domina en toda la dehesa. Un olor de tierra viva que se mueve, que agita la cola, que relincha sordamente, que cocea su libertad amarrado a la argolla del pesebre, un olor que va y viene por los canales de sangre por donde les llega la vida.

Toda la dehesa está entonces poseída. Poseída por el viento extremeño, que la fecunda cada noche, sacándole gemidos de parturienta y jadeos de floración. Le hace crecer ese olor rico, pleno de naturaleza, labor de vida en plena gestación, donde florece la frescura de los pozos, el sabor de la tierra mojada, el cuerpo de los caballos, sus excrementos, la viva vida de sus ojos, el alinear de sus músculos debajo de la piel sedosa, los troncos anchos de las encinas robustas con rotundidades de matrona y, sobre todo, por encima de todo, la vida de los hombres que la habitan y la de los que murieron habitándola.

Es una familia. La familia de los Miñaya. Escuchad, os contaré su historia. Una historia que vosotros entenderéis y de la cual es posible que algo nazca en vosotros, porque cuando la tierra, el viento, el sudor, el frío, la naturaleza, el azadón, los frutos, la yunta del buey, el calor del sol entran en la vida de los hombres, estas vidas son vidas, vidas rotundas, vidas madres que, simientes de vosotros mismos, pueden fecundar el nacimiento de vuestras vidas de adentro.

.....

La habitación tenía maldoblestar de penumbra. Una penumbra de vahos cálidos en los que triunfaba un yodoso olor de medicinas. Un dormitorio con espaciosidad de atañá blanco, entrelargo de sombra y luz. Muebles pesados de piel oscura, con vigas negras arriba, llenaban de tonos sombríos el ambiente de cera amarilla. Sobre la mesilla de noche, un crucifijo de metal con base de madera. Dos candelabros alumbraban.

En el centro de la habitación, la cama. Sobre la cama, la muerta. Una mujer de veintiocho años, conservando aun ese soplo de vida ración ida que tienen algunos muertos jóvenes. El cabello negro estaba cuidadosamente peinado en dos bandas anchas. La piel del rostro se había tornado de ese color amarillo característico de los muertos. La frente amplia no había tenido nunca arrugas y las cejas finas y negras conservaban aun todo su brillo. Los ojos de la muerta debieron ser grandes, porque los párpados que habían bajado sobre ellos eran bien proporcionados. La nariz se destacaba del rostro con esa pureza osada con que los muertos la avanzan porque saben que ya nada los podrá herir. La boca había embanquecido de color y los pómulos se habían hundido ligeramente en torno de las comisuras de los labios, endelgadeciendo la cara. La barbilla, precediendo al fino cuello, se había afilado suavemente. Las manos, recogidas y entrecruzadas sobre el vestido azul, eran largas y delgadas, con nudillos de ahogada sangre. Las palmas raspeaban en sus centros y encallecían entre los dedos pulgar y anular. Las uñas, muy cortadas, se habían vuelto del color del ébano.

El hombre que se hallaba a su lado, sentado sobre una silla, estaba vivo. Sumaría unos treinta años, con facciones correctas y cabeza noble. Sus ojos coloreaban castaño claro y formaban pequeños. La nariz era agresiva y carnosa. La levadura labial se curvaba con inefinible expresión. Cabellos nocherniegos montaban la despejada frente. Las manos anchaban fuertes, selladas de maltrato en su conjunto. Cruzaban su re-

gazo y dormían sueños de campos.

Vestía camisa azulmente asargada, pantalones negramente espanados, pañuelo entazbrado al cuello y chaleco broncinsamente pobre. Hacías botas manchadas de tierra rojiza, agavillaban sus pies. A sus pies se ensombreraba el espacio.

Las persianas bajadas filtraban angustiadas la luz dial, de plomiza asfixia dentro. Las dos velas escoltantes del crucificado agonizaban lentas, con lágrimas suspensas del costado, que se derribaban sobre la base metálica, mancillando su brillo amarillo.

Emesillado sobre el lavabo próximo, el corazón de un reloj ironizaba su latido, hablando de su importancia en el mundo. El tiempo naufragaba lento, tan lento como si tuviera ante sí un mar eterno en ~~el~~ que sumergirsa.

El hombre miraba a la mujer con una expresión de infinito cansancio. Su mirada descansaba con roja fijesa sobre la cara de la muerta. Una ansiosa e interrogante obsesión sobrecubría sus párpados con un desamparo sombrío, fatalista y resignado.

La puerta de la habitación se abrió, vomitando a un hombre. Su edad paralelaba también los treinta. Medianizaba estatura, vistiendo un pelo igual que el hombre sentado. De cara enlarguecida y estrechuda, portaba unos ojos fuertes y cálidos y una boca de carne sincera. La apelabrada techumbre cabezal era castaña y lacia y despertaba en alboroto. Los hombros se precipitaban anchos, pero el cuerpo bronceaba ahuesado y duro.

Suaveó la puerta cerrándola y se aproximó a los bajales de la cama, enfrentándose al cadáver. El otro aseguró su vista en breve ojeo y tornó a absestarse.

- Matías, es que todo lo que diga sobre ahora - dijo el recién habitacionado - Ya sabes que siento tanto como tú...

- No - raspeó seco Matías, quisto de huesos, cerroso de boca, con los ojos dilatados sobre la muerta - No puedes sentir dentro esto que yo, este

morder de gavilanas... Es como una sequía, como una sequía que no se acabara nunca.

- Lo sé - ablandó Doroteo, tras unos grupos de silencio espeso - pero es ahora cuando hay que demostrarse. Cuando se nos descujan las raíces. ~~WAAAAAAAAAAAA~~

- Las raíces ~~WAAAAAAAAAAAA~~ ¿qué es eso? - se desgarró el otro con violencia contenida - ¿qué raíces quedan dentro de un hombre cuando se le va la mujer, la mujer que ha vivido siempre con él, la que lo ha acompañado siempre, la que se ha acostado con él día tras día, viviendo pecho contra pecho, sintiendo latir el corazón casi con la misma sangre? ¿qué raíces quiere que se queden?

Su voz se había cuajado baja, pero muy intensa. Un estallido de furia agazapada le cuadraba la mandíbula. Sus puños habían agarrotado con tal fuerza sus brazos, que sus corones nudillos palidecieron. Sus ojos, revueltos a la muerte, intensaron su expresión oscura.

Doroteo bajó los ojos, apretando los nudillares contra la cara, en un gesticular dolorido. Abrió la boca, pero se encerró sin palabras.

Un clicquear de tiempo debió minutos. Al fin:

- Los hijos... - titubeó.

- Eso es, los hijos - pensó Matías, encogiendo hombros - ¿qué hago yo con un recién nacido?

Los mirares de Doroteo brillaron un segundo, amansándose enseguida. Dulceó la palabra:

- Verás, Matías. Tú sabes que Analia y yo estamos solos. Sin hijos. Tú, además de éste, tienes otros tres. Son ya algo crecidos. Quiero decir que un chico con cinco años lo que hace es comer e ir al colegio. Y como el más chico tiene esa edad... Es decir, que tú, medio medio te las puedes bandear con ellos..

Matías regolfó la vista, inquisiendo a Doroteo. Preguntó, con los

ojos apagados :

- Bueno, y... ¿qué? Dí lo que sea...

- A eso voy - parpadeó Doroteo, más animado por la tranquila indiferencia de Matías - Te diré... Yo... Tú sabes que llevo ocho años matrimoniado con Amalia... Nos casamos con veintidós cada uno... Desde entonces, por más que hemos hecho, no hemos conseguido tener hijos. Ella ha tomado cosas, hierbas... La ha visto el médico... Y... y... nada... Como si no hubiera sido casada...

¿Y qué hay con eso? - inquisió Matías.

- Pues hay que tú tienes tres hijos altos ya y que tendrías que sacar adelante al que acaba de nacer.

La voz de Doroteo se había llenado. Siguió, seguro :

- Para un hombre solo, como estás tú, eso no es muy fácil que digamos. La tierra, los pastos, las mil cosas que hay que hacer... Además, eres un hombre... Por mucha voluntad que tuvieras, no lo podrías criar bien. Tendrías que nodrizarlo o que criarlo sus hermanos. Y tu hija mayor apenas llega a los siete años...

¿Qué quieres? ¿Que te lo dé? - Enarcó la ceja, hosco.

- Sí, queremos adoptarlo. Amalia está loca por un chico, necesita alguien a quien mecer y acunar. Yo también lo necesito.

La cara de Matías se distendió, en un borboteo suave de músculos. Concentrado, su mano, vacilosa, engarfió su barbilla.

¿Qué nombre llevaría? - Preguntó.

El otro, chupado de gozo, se indiferenció lo posible.

- Pues... No sé... Hasta no saber lo que tú decías, no habíamos pensado... Creo... Sí... Se podría llamar Matías. Como tú.

- No quiero decir eso. El apellido, el apellido... El nombre es lo de menos. Lo que interesa es la familia.

- Tu apellido, naturalmente. Miñaya. Matías Miñaya ¿qué te pare-



los ojos llenos de murmurantes lejanías, entorbellinados de conceptos remotos. Los párpados bajaron, concentrados de palabras;; la lengua visitó sus secos labios. Dijo:

- Verás, Doroteo. Nunca te he hablado así hasta ahora, porque me parecía inútil. Pero ahora creo que es preciso aclarar cosas que tengo muy repensadas - Pausó largamente, acercándose más a Doroteo y susurrando su contención de palabras - Nosotros, los hombres, cuando ya lo vamos siendo o estamos hechos ya, nos hacemos ideas diferentes de las cosas de cuando éramos sólo unos muchachos - Su mano derecha puñeó el aire, abriéndose luego en tensión de acartonada impotencia - ¿Cómo te diría yo, cómo te lo explicaría yo? Es como si te asomaras a una ventana desde dentro de una habitación. Verías sólo la parte de enfrente. Luego, si te acercas y te asomas, verías también los lados, las partes de arriba y las de abajo. Ves más, mucho más que antes. Algo así es lo que te quiero decir. Cuando eres un muchacho ves sólo lo que tienes delante de las narices, y a veces ni eso siquiera. Cuando pasa el tiempo y te haces hombre, ves ya los lados, las partes de abajo y de arriba de la vida.

Doroteo callaba, rostreado de vago asombro.

Matías siguió:

- Tú y yo nos hemos criado aquí y hemos labrado la tierra desde que levantábamos unos palmas del suelo. No conocemos otra clase de trabajo. De sol a sol trabajando en las eras o domando potros. Enséñame tus manos.

Doroteo puso sus manos extendidas. Matías las cogió entre las suyas, puestas también hacia arriba, y las sujetó por las puntas, de forma que se vieran las palmas de las manos de los dos hombres.

- ¿Ves? Tú y yo tenemos las manos rudas y ásperas, llenas de callos. Aquí han trabajado el mango de la azada, la espiga del arado, el roncal de los caballos, la ubre de las vacas, todo lo que significa la vida de un hombre de estas tierras...



- A mí me gusta esta vida - aseguró Doroteo con firmeza - La tierra es buena.

Matías asombró los ojos, desconcertado. Alzó la mano, apaciguando.

- Ya sé... Ya sé...

Inquieto, desmelenado de callada fuerza, pasó por la habitación, seguido por la mirada del otro. Se detuvo al fin frente a él, anansando la voz:

- Mira, Doroteo, ahora no se trata de que a tí te guste o no la tierra. Tú sabes que hemos vivido de ella hasta ahora y que a mí me gusta también - Se detuvo, en busca de palabras - Ahora se trata de otra cosa. Otra cosa que es importante, muy importante. Se trata de la ciudad, eso es, de la ciudad. Tú la conoces ¿no? Yo también. Sabemos algunas ciudades. Tú conoces Madrid, Cáceres, León y quizá algunas más. Yo también sé de varias. Como tú habrás visto, la gente es allí diferente. No trabaja de sol a sol como nosotros. Tienen sus horas y luego se van a la calle a respirar la libertad y a hacer lo que les da la gana. Tienen patronos que los tratan con consideración y tienen también ideas, ideas muy distintas de las que podíamos tener nosotros. Yo no sé en realidad cómo explicarte. Sólo sé que la vida no es allí tan dura. Que la gente tiene tiempo de hablar de sus cosas, tiene tiempo para todo... Es una vida distinta, ya te lo digo, pero mucho más fácil que la nuestra...

- Sí, sí, te entiendo - interrumpió Doroteo. Su voz, luego, bajó en un lento temblor - Pero nosotros hemos nacido aquí... La tierra...

- Claro, claro, la tierra - Flotaba una lenta y mansada desesperación en sus palabras - La tierra no se puede dejar sola. Sobre todo, una tierra tan difícil como ésta. Pero no se trata de nosotros... Ni de dejar sola a la tierra... Nosotros somos aun jóvenes, pero estamos ligados a ella para siempre... Para siempre... Para toda la vida...

De repente, el aire vibró. La violencia de sus palabras arrojó el si-

lencio contra la ventana, haciéndolo trizas.

- Pero ellos, no. Los hijos, nuestros hijos, tu hijo Tobías desde ahora, no debe trabajarla, no debe tener callos en las manos. Mirate das tuyas

Calló tan repentinamente como había empezado. Tenso, esperando, Dos venas tirantes acordelaban su frente, como maniatando su cerebro. De improviso se desinflaron, cediendo.

Doroteo asombraba su cara. Parpadeó:

- ¿Qué quieres que haga? Mis abuelos han labrado la tierra, mis padres también... Yo también tengo que hacerlo... Es la tierra...

- Sí, la tierra - desasperó resignado Matías - Es lo que decís todo: la tierra. Parece que en vez de sangre tenéis tierra en las venas...

- Sí, quizás sea eso... - dijo Doroteo, bajando los ojos, fatalista.

- Pero ahora no se trata de nosotros - <sup>Habló Matías</sup> ~~Exja~~ persuasivo, casi suplicante.-

- Ya lo sé. Se trata de Tobías.

- Sí. Nosotros, cuando nos hemos dado cuenta de las cosas, hemos sido ya mayores, la mayoría casados. Estábamos ya metidos hasta las orejas en todo esto. Nuestro destino es ese: cavar la tierra, hacerla producir, cuidar el ganado, hacerlo producir también. No tuvimos unos padres que vieran más allá de sus narices... Ellos tenían la tierra y la tierra, la tierra, la tierra...

Chirriaban sus palabras, vomitando su significado en borbotones. Doroteo le contemplaba sorprendido. Frunció las cejas.

- ¿Qué te pasa con la tierra hoy? Siempre la has querido...

- Sí, si, ya lo sé. Siempre la he tenido delante de los ojos, desde que me di cuenta de que veía. Y conforme crecía la seguía viendo y ahora la seguiré viendo mientras viva... Y así es imposible no quererla. Tira, tira mucho, demasiado... Algunas veces, cuando voy por los surcos sembrando trigo, me caen ~~granos~~ algunos granos encima de los pies. Pienso que si

los dejara allí, tomarían raíces en mi carne y no tendrían nada que enviar a los que arrojó sobre el surco... La tierra es así, tiene tentáculos como los pulpos... Es algo que si piensas dejar no te deja a tí... Se te abraza a los hombres como ~~xxxxxxx~~ si fuera una mujer buscando el orgasmo, sin darte nunca reposo...

- Sí, la tierra es así, así la siento yo. Pero no tengo palabras...

- Yo sí; yo las tengo a centenares. Las tengo para hacer que mi hijo sea más libre que yo; para hacer que la tierra no se lo chupe como un pulpo hambriento...

- ¿Qué dices? La tierra no es así; es grande... buena...

- Conmigo no lo ha sido nunca; ha sido como una hembra mala. He enterrado en ella sudores y trabajos y sólo me ha devuelto eso: trabajos y sudores.

- Tú has tenido siempre mala suerte. No la conoces como yo - el rostro de Doroteo se iluminó - La tierra es ¿cómo te diría yo? Como un vientre ancho de mujer donde crecen muchos hijos diferentes... Algo así como una madre muy grande, una madre con mucha fortaleza...

- Muy bonito - ironizó Matías - todo eso es muy bonito. Pero para mi hijo Tebías quiero algo distinto.

- Diremos nuestro hijo Tebías ¿no crees? Además, es muy pronto para hablar de lo que será. ¿No te parece?

- No, no me parece. Ahora es el momento. Cuando está todavía aquí, conmigo, con su madre recién muerta. Cuando te lo lleves, ya no diré nada. Llévará mi apellido, pero será tuyo, tuyo y de Amalia.

- Como quieras. Dí lo que sea.

- Quiero que mi hijo tenga una vida más fácil que la nuestra. Vamos a ver. ¿Cuántas veces piensas tú vivir en este mundo?

- Una... ¿por qué?

- Dices una y quieres que tu hijo, que tiene también una sola vida co-

no tú y como yo, la gase golpeando la tierra... Que se pase toda su vida en este pueblo y en estos campos - Hizo una pausa; su voz tragó suavidades - Ya sé que no eres rico, que tus manos se tienen que manchar de tierra todos los días y que el pan que comes no se gana precisamente paseando. Pero entiéndeme bien, Doroteo; todos los hombres, absolutamente todos tenemos la obligación de procurar que nuestros hijos sean más que nosotros. Yo estoy seguro de que este hijo mío, si lee ayudaran, podría llegar a ser algo. Los otros valen.

-No te entiendo, Matías - extrañizó Doroteo - Háblame con claridad.

- Tobias puede estudiar. Puede llegar a tener una carrera. Sé que es absurdo hablar de eso ya. Pero... Tú podrías costeársela.

Un ramaje de aturrida comprensión nació en los ojos de Doroteo.

- No sé. Nunca había pensado en ello - dijo vacilando - Creo que sí. Pero... ¿y la tierra?

- Y dale con la tierra - se impacientó Matías - Esto no lo abandonará ni mucho menos; no lo venderá tampoco. El vivirá en la ciudad y esto lo puede arrendar a un colono. Su vida estará allí y se desenvolverá de otra manera que la nuestra. Si es despabilado, vivirá bien. Siempre mejor que nosotros.

Doroteo había aplomado la cabeza, pensativo. Una arruga profunda surcaba su frente. Su lengua jugaba nerviosamente entre los labios.

- No sé - replicó al fin, alzando su rostro al tense del otro - Habrá que pensarlo. Se lo diré a Amalia. Yo había soñado siempre con un hijo, mío, propio, que continuara con la tierra. No de lejos como tú quieres, sino cerca, muy cerca. La tierra necesita el calor del hombre, su fuerza, su alma...

Matías hizo un gesto resignado. Con una honda congoja. Llenó sus pulmones con aquel aire extraño. Lo expulsó lentamente, con un ahogo profundo. Puso su mano sobre el hombro de Doroteo, apretándolo;

- Sí, te comprendo, Doroteo. Quizá sea nuestro destino, el de todos los nuestros, el de nuestros abuelos y el de nuestros nietos. Vivir pegados a la tierra hasta que estemos como ella - Señaló a la muerta.

Doroteo tuvo un gesto grave en su rostro. Miró primero a ella y luego a él. Ahogó las palabras que iba a decir. Pensó en el futuro hijo y en la alegría que daría a Amalia.

- Bien - Matías volvió a sentarse - Piénsalo y habla con Amalia. Quizá ella piense como yo. Quizá piense como tú.

- Puedo llevarme ya a Tobías ¿no? - ansió Doroteo.

- Luego, cuando vuelvas. Quiero saber lo que dice ella.

- ¿Es que si piensa como yo no vas a dejarnoslo?

Matías cerró la boca, cuadrando de huesos el rostro. Su mano derecha, bajando apretada contra la cara, lo encogió de mejillas.

- Sí, ¿por qué no? Se quede aquí o vaya a la ciudad, su vida será <sup>siempre</sup> más fácil en tu casa que <sup>en la mía.</sup> ~~en la mía.~~ Vosotros tenéis algunos posibles y yo no tengo nada.

- Está bien. Hasta luego.- cortó Doroteo

- Vuelve mañana.

- No, volveré luego - dijo Doroteo, ya de espaldas a la puerta - La gente está ahí fuera. No se ha atrevido nadie a entrar.

- ¿Por qué? - Matías frunció las cejas.

- No sé - abrió los brazos - Respeto... miedo... no sé...

- ~~Matías~~ <sup>Si,</sup> dije que me dejaran tranquilo... ~~Matías~~...

- Vendré cuando todos se hayan ido. Después del entierro. Amalia tenía ilusión, si tú aceptabas, por que el chico durmiera esta noche en casa.

Los ojos de Matías relampaguearon un segundo.

- Ya - dijo, recobrándose - Hasta luego, pues.

- Adiós.

- Adiós.

Aquel día fué el designado. Lo tenían completamente decidido. Marcelo empujado por Tobias. Tobias fué en realidad quien impuso su compañía, aun sin pedirselo abiertamente.

- Tú haz lo que quieras - le había dicho el día anterior - Yo, mañana, en vez de ir a la escuela, iré a la montaña. No quiero aguardar más. Haré bastante calor, pero no me importa. Además, cada vez que se va uno acercando, refresca por momentos. Me llevaré un paquete de comida y un palo por si me sale algún bicho en el camino. Tú puedes quedarte aquí si quieres. Yo seré valiente.

Su hermano, ante la clara alusión, no dijo nada. Quedó callado, con los ojos fijos en el suelo.

La tarde, bochornosa aun de estío, se desplomaba lentamente sobre el campo y la casona, vaciándose de calor sobre su techumbre. La tierra, ardorosa de soleada sangre, luchaba con anhelo por respirar la tenue frialdad que empezaba a caer, <sup>de lo alto,</sup> atemperando algo la caliginosidad del día, que vislumbraba ya el crepúsculo sobre el horizonte.

Los dos niños se encontraban a la puerta de la casa, sola de gente. La madre había ido al pueblo; el padre se encontraba en los matorrales, junto con los dos jornaleros que se ajustaban en esta dura época de la recolección.

- Ya te lo he dicho - repitió Tobias, enfrentado a Marcelo, con los ojos muy fijos sobre él - Mañana por la mañana iré a la montaña. Habrá allí nidos de águilas y de buitres ¿no te gustaría a tí verlos? Tengo curiosidad por ver buitres chicos. Grandes ya he visto muchos. Tienen que ser como los pollos. Me - agregó al cabo de un momento - deben ser más grandes. ¡Claro! Los buitres son más grandes que los gallos y las gallinas.

- Yo iré contigo - dijo Marcelo, brillante de ojos y obstinado de boca - Te acompañaré. Yo también quiero verlos.

- ¿De verdad que vas a venir? - exclamó Tobias, alborozado - Claro, te-

nía que ser así. Tú y yo, los dos. Verás que bien lo pasamos.

Marcelo se sonrió abiertamente. Contemplando a su hermano con admiración, preguntó:

- ¿Y si están allí los padres?

- No te preocupes. Yo ya los he visto. Durante el día buscan comida y dejan solos a sus pequeños. Saben que nadie sube hasta allí. Por la noche es distinto. Duermen todos juntos.

- ¿Cómo lo sabes tú? - se extrañó Marcelo.

- ¿No lo entiendes, bobo? - exclamó Tobías, impaciente - Pasa igual que con papá y mamá. Papá está siempre fuera mientras es de día. En cuanto se va haciendo de noche se viene para acá.

- Pero mamá está siempre aquí.

- Bueno, sí, pero mamá es diferente. Ella tiene la comida aquí y no tiene que ir a buscarla afuera como la buitra. Pero si no la tuviera aquí, tendría que salir fuera, dejando sola la casa. Ya lo creo que tendría que salir - asintió a sí mismo, aunque no muy convencido de todo lo que había dicho.

- Entonces - dijo Marcelo sorprendido de su descubrimiento y con los ojos muy abiertos - ¿Nosotros somos como los buitres chicos? Si papá se va por la mañana y vuelve por la noche, igual que ellos...

¡Qué va, hombre, qué va! ¡No digas tonterías! ¿Nosotros igual que los buitres? - Tobías frunció las cejas, sin saber cómo continuar. Al fin, encontrando una idea feliz - ¿No entiendes? El padre de los buitres chicos se va con la madre y papá se va solo y mamá se queda aquí. Además, nosotros somos personas y ellos son animales.

El pequeño calló, pareciendo convencido por la explicación y su hermano ordenó, temeroso de más preguntas que lo pusieran en un aprieto:

- Ea, vamos a dejarnos de tanto hablar. Vamos a ver el árbol de la columna.

Marcelo siguió a su hermano a través de los verduzcos jarales que es-  
maltaban el camino hasta llegar a la colmena.

Sobre un árbol enfermo, una encina añosa de moribunda savia, habían  
plantado su panal las abejas. Zumbaban con confianza a su alrededor, no  
temiendo ni atacando a los niños, que se limitaban a mirar sin atrever-  
se a tocar nada.

Tobías, señalando los prismas de cera, dijo:

- Mira, el panal está casi lleno. Dentro de poco podrá recogerlo padre.

¿Por qué no lo recogemos nosotros? - preguntó su hermano, acercándose  
algo más, aunque sin osar extender la mano.

- Estate quieto, hombre - Tobías tiró de él con suavidad hacia atrás -  
¿Tú no ves que a padre lo conocen ya y a nosotros no?

- Sí que nos conocen - insistió el niño, terco de gesto - Venimos aquí  
todos los días.

!Eso que tiene que ver! Nosotros no sabemos retirar la miel. Papá me  
dijo un día que yo iba a aprender pronto.

!Qué va, eso es muy fácil! Te lo dijo para que no lo tocaras. Lo pode-  
mos recoger nosotros - y avanzó un paso.

Su hermano se le puso delante, deteniéndolo.

- Tú te vas a estar quieto. Cuando papá dijo que no lo tocáramos, por  
algo lo dijo. No debemos hacerlo.

Los ojos de Marcelo relucieron, burlones e insultantes.

- Tú lo que tienes es miedo.

Un relámpago de cólera visitó la mirada de Tobías. Dió a su hermano tan  
brusco empujón que a poco ca con su cuerpo en tierra. Marcelo dió algunos  
trompicones hacia atrás, pero pudo mantenerse quieto.

!Toma, estúpido! Ya sabes que no tengo miedo a nadie ni a nada. - E hi-  
zo ademán de volver a empujarle, asustándolo.

- Déjame ya - dijo Marcelo, con los ojos cargados de ira y la voz que-



brada, sin embargo - No quiero ir ya contigo a la montaña.

Tobías quedó parado, mirándolo un momento sin pestañear. Pareció pesoso de haberle empujado. Luego le volvió la espalda con orgullo, diciendo:

- Como quieras. Tú te lo pierdes. La montaña no va a venir aquí.

- Ya sé, pero yo tampoco iré a ella. Además, se lo diré a madre.-dijo Marcelo con rencor.

- Tú te callarás, idiota - gritó Tobías - Como se lo digas a madre, te pesará. Esto no tiene que saberlo nadie.

- Pues yo se lo diré a madre - insistió su hermano, terco y enojado.

Tobías, enérgico de ira, estuvo a punto de lanzarse sobre él. Pero se contuvo y dijo, dominándose trabajosamente:

- Como quieras. Díselo si quieres, pero no cuentes más conmigo. Si te pegan en la escuela, allá tú. Como si no te tocara nada.

Marcelo se morfió los labios, gritando encolerizado:

- Y no me tocas. No me tocas nada.

El mayor se puso rojo como la grana. Sus ojos relumbraron de ira, luego se cuajaron de lágrimas, pero supo dominarse y ni una sola salió de sus ojos, como si se las hubiera tragado.

Marcelo, que no esperaba esta reacción de su hermano, se quedó confuso y pesoso. Tobías dió media vuelta y se alejó lentamente, con los ojos bajos. El otro fué andando despacio detrás de él, sin atreverse a decir nada hasta que estuvieron muy cerca de la casona.

- Tobías ¿qué te pasa? ¿Estás enfadado? Lo dije sin querer.

Este no contestó nada. Siguió andando y mirando al suelo. El insistió: con la garganta apretada de sollozos;

- ¿Qué te pasa, Tobías? Tú sabes que sí, que nos tocamos. Somos hermanos.

Tobías se volvió. Su voz era sobria y lenta; sus ojos estaban llenos de tristeza.

- Tú sabes que no - dijo, tragándose las lágrimas - Tú sabes que no somos hermanos. - Se volvió y siguió andando.

Marcelo siguió detrás, diciendo:

- Sí, sí, lo somos. Padre y madre lo han dicho siempre. Tú lo sabes - se detuvo, sin saber qué añadir - Iremos mañana juntos a la montaña ¿quieres? Yo quiero ir contigo.

Tobías, sin hacer caso, siguió andando. Ya pisaban el empedrado que había frente a la casa.

- Sí, iremos, Tobías, ¿no quieres que vaya contigo? - continuó, con la voz preñada en lágrimas. Sollozó, destruida ya su resistencia interior. Su hermano, al oírlo, se volvió, mirándolo con pesar.

- Yo no quise decir eso - sollozó Marcelo - Tú sabes que yo...

- Sí, sí, ya sé. ¿quieres callarte ya, grandísimo llorón? - exclamó Tobías emocionado. Se habían parado; el pequeño miraba al mayor entre lágrimas; éste se contenía. Le preguntó:

-¿De verdad que quieres venir conmigo mañana a la montaña?

-¡Claro que sí! - contestó Marcelo, alborozado - Para eso somos hermanos

-¿Quieres callarte ya, grandísimo merluzo - replicó Tobías, colérico y enternecido a la vez - ¿no ves que...? ¿quieres callarte ya?

Marcelo sonrió entre lágrimas, adivinando la frase cortada de su hermano. Preguntó:

¿Tienes preparadas las cosas?

- Tengo preparadas las mías. Pero enseguida voy a la cocina y hago una tortilla de dos huevos para tí. La meteremos entre dos buenos pedazos de pan. Con una borona, quedarás como el quico.

Rieron ambos. Tobías pasó su brazo sobre el hombro de Marcelo y éste intentó hacer lo mismo, pero no alcanzaba. Se contentó con abrazarle la cintura. Así avanzaron hasta la portona de la casa.

- ¿Es bonita la montaña? - preguntó el pequeño.

- Es preciosa. Por eso quiero que vayamos. ¡He oído hablar tanto de ella!  
¡Hace tanto tiempo que quería verla!

Se detuvieron en el umbral de la casona, girando cuerpos y miradas hacia el horizonte lejano. El crepúsculo, límpido sobre la llanura, permitía ver a lo lejos la tupida sombra de la montaña, formada de grises azulados con la cresta coronada de oro, en una última despedida del sol.

¡Qué bonito! - suspiró Marcelo.

- Sí, todo aquello es muy bonito. Verás mañana. Si salimos a las nueve, llegaremos allí al mediodía.

- Hará mucho calor.

- Por aquí, sí. Pero cogemos por el camino de Herranto, donde a tre-  
llevar  
chos hay muchos árboles. Además, nos podemos la cantimplora llena de agua. Hace bastante. En cuanto hayamos perdido esto de vista, hará menos calor porque soplará el fresquito de la montaña.

- Yo he oído hablar mucho de ella.

- Sí, los pastores y los cabreros la están siempre mentando. Hay allí una ermita ¿sabes?

- ¿Cómo? ¿Una iglesia?

- Bueno, una iglesia no es, aunque se diga misa. Es una ermita - agregó, concluyente.

- La veremos ¿no?

- Sí, veremos la ermita y la montaña.

- - - - -

La montaña era para Tobías una montaña de sueños. Desde que se dió cuenta de que vivía había oído hablar de la montaña. Los cabreros y pastores de los alrededores traían y llevaban relatos de extrañas cosas ocurridas en aquel lugar, que estaba más cerca del cielo que la llanura. Lentamente se había ido formando en su interior una ilusión que se había acrecentan-

do con el paso del tiempo. Gentes que traían y llevaban patrañas, gentes que decían que todo aquellos era pura fantasía. Gentes todas que no se aventuraban a ir a la montaña, gentes que se alimentaban de lo que decían otros. Los pastores y cabreros decían visitarla en los meses de verano, pero no se había probado que nadie hubiese llegado a la cumbre. Era tan escarpada que solo las cabras montaraces y los carneros ducos se metían valientemente entre las peñascosas breñas. Hablaban luego los pastores de valles pequeños con arroyos cristalinos, de verdes vegetaciones acostadas entre rocas, de un aire fresco que sonaba a bendición del cielo, de límpidas músicas que nacían de las mismas piedras. Todo un cielo prometedo, una tierra de promisión para las gentes secas de los secos llanos.

En realidad, no era una sola montaña, aunque desde tiempo inmemorial se dijera "la montaña". Había hasta cinco montes de irregulares perspectivas vistos desde el llano, destacándose en el centro el más alto de todos, el que llevaba la ermita. Una ermita solitaria que se destacaba contra la azul promesa del cielo como una abeja zumbadora se destaca sobre la blanca corola de una flor de enredadera.

Porque la gente del llano, habitadora de aquella tierra árida, desconocía la rosa, la enredadera, la verde generosidad de las tierras húmedas, la ubérrima prodigalidad de los valles umbríos de la costa. La tierra seca dormía siempre avara de frutos, dando premiosa el necesario sustento, recatando codiciosa sus ubres, destellando su pobreza sobre la hoz del segador, sobre la parda piel de los animales, sobre la morena cara de los hombres, sobre la pasiva sonrisa de las mujeres. Vivían todos frente al cielo y la tierra, pidiendo lágrimas a aquél y frutos a ésta.

Al fondo, esmaltada contra el cielo, soñaba la montaña. Y ellos soñaban volar algún día hacia ella, todos juntos, quizás como una bandada de pájaros, quizá como un ejército de israelitas buscando su tierra de promisión. Plantarían allí, en la cara de los valles cristalinos, el trigo

rubio, la cebada esmeralda, los maíces cálidos, las encinas del color de la tierra. Vivirían juntos formando una comunidad feliz, trabajando poco en aquella tierra que soñaban ubérrima.

Pero ningún llanero había ido a la montaña. No había tiempo para ello. Había que inclinarse demasiadas veces sobre aquel terreno pobre y no quedaba tiempo sino para alguna que otra vez levantar sus ojos hacia ella y decirle que los esperara, envolviendo siempre en las palabras un temblor de esperanza.

Conocían toda clase de relatos de pastores y cabreros, todos mentirosos, enfebrecidos por la ilusión colectiva. Era como una especie de sueño, alimentado por generaciones, un sueño que había pasado, virgen e inédito, de generación en generación, de padres a hijos, de abuelos a nietos, engordado cada vez, sin atreverse nadie a levantarse contra las sombras antiguas, que habían ordenado sin ordenar que nadie se acercara a la montaña. Pero todos se decían los unos a los otros, como un rito, como una frase tan gastada como una moneda de cobre y tan sugerente como una de oro: "Iremos a la montaña, algún día iremos a la montaña." Y se quedaban contemplándola, con los ojos borrachos de ensueño.

No se sabía cómo había nacido el amor y la ilusión a la vieja montaña que había contemplado tantas cosas, tantas vidas de los hijos del llano. Sólo se sabía que había que mantener lejana la tierra de promisión y que nadie debería plantar frutos sobre el corazón de la vieja montaña.

Ellos soñaban con el verdor de su ropaje, con la claridad cristalina de sus arroyos, con la fresca sombra de sus árboles añosos, pero no vivían sino para su tierra seca, la tierra rojiza que los había visto nacer, aquella tierra a la que amaban tanto como a la ilusión de la montaña, que no la montaña misma. Los hombres, cuando terminaban su jornada a la muerte del crepúsculo y alzaban su espalda inclinada sobre la tierra, su espalda sudorosa, necesitaban levantar los ojos y contemplar la montaña y sonreír

suavemente con el rostro iluminado y decir :

- La montaña. Eso es. Iremos a la montaña. Algún día iremos a la montaña.

Y pisando la tierra se iban a la lumbre callada del hogar. Se rodeaban de la mujer y los hijos y repetían :

- La montaña. Iremos a la montaña. Eso es. Algún día iremos a la montaña.

Y los hijos, con los ojos cargados de sueño y deseando ir a dormir, permanecían sin embargo atentos al viejo rito y murmuraban, como la última oración del día :

- La montaña. Algún día iremos a la montaña.

Y la sábana de la noche cubría los cuerpos y las almas.

- - - - -

Al día siguiente se encontraban los dos niños despiertos desde la madrugada, pero no se levantaron hasta la hora de marchar al colegio, con el fin de no infundir sospechas a los padres. Tobías había guardado un grueso palo para él y otro más pequeño para su hermano, junto con un buen paquete de comida, entre los juncos que rodeaban el pozo.

Por la mañana, serían las ocho generosamente corridas, abandonaron la casa. Su madre, desde la puerta, los vió partir. Ellos la saludaron, emprendiendo con vigor el camino pedregoso que llevaba al límite de la heredad. Encinas viejas como la tierra misma jalonaban los bordes de la vereda, presintiendo la vieja angustia diaria del sol, derramándose sobre su corteza plagada de viejas cicatrices.

Cuando hubieron andado un buen trecho, Tobías se paró, diciendo :

- Tú quédate aquí. Ponte debajo de una encina para que no te dé el sol. Dame los libros.

Marcelo tenía los ojos cargados de aprensión, pero el gesto decidido

de su hermano le animó. Le entregó la carpetuela y se fué a aguardar debajo del árbol. Tobías se puso la carpeta bajo el brazo, junto con la suya, y sin perder de vista la puerta de la casa, avanzó con rapidez en dirección al pozo, distante unos cien metros de la casa. Rebuscó entre los secos y enmarañados arbustos que rodeaban el redondo cono y extrajo el paquete de comida y los dos palos, escondiendo las dos carpetas. Hecho esto, procurando escurrir el bulto con ligereza, corrió al encuentro de Marcelo.

- Vamos, rápido - le animó - Hay que quitarse pronto de enmedio. No estaré tranquilo hasta que nos hayamos perdido de vista.

Siguieron avanzando por el dificultoso sendero, marcado agudamente el polvo por el paso de caballerías. Marcelo se había animado visiblemente. Cada uno portaba al hombro su palo. Tobías había atado el paquete al extremo del suyo, igual que viera hacer a algunos caminantes vagabundos de los que de higos a brevas pasaban por la hacienda.

- ¿Llegaremos a mediodía? - preguntó el pequeño.

Tobías vaciló. Hasta ahora no se había planteado con mucho detalle la aventura. El fragor de su impulso le había arrastrado todo entero, como caballo lanzado a una meta de victoria, confiado solo en su propio esfuerzo y que salta todos los obstáculos en un planteo rápido de decisiones y acciones. Puso en sus ojos una llama de resolución y habló con seguridad:

- A mediodía o un poco después ¿qué importa eso? Con tal de que estemos aquí por la tarde, lo demás es humo de pajas.

Marcelo se contentó con la explicación. Llenó los pulmones con el aire cálido de la mañana, ensanchándolos y vaciándolos con lentitud, como había visto hacer algunas veces a su padre.

- No te detengas - apremió Tobías, apresurando el paso. - ¿No ves que nos pueden ver con los cayados al hombro? Así no se va a la escuela.

- Sí, vamos - contestó el menor, acompasando su paso al del otro y pegándose a la sombra de las encinas - Yo procuro taparme bien. Tú delante.

Yo detrás. Fila india.

Los bordes del camino rampeaban suaves hacia la hirsuta piel de los terrenos. Los altos maíces de la parte derecha llegaban al nivel de sus cabezas, protegiéndolos del ojeo de los tres hombres - su padre y los dos jornaleros alquilados - que despachaban su faena con febril actividad, allí flotando en la mar amarilla de las nieves.

La zurda del camino estaba pellejada, sin sembrar, y el terreno había creaba tan fría, que con trabajo encontraba en él asiento la maleza. La tierra rojiza había sido recientemente levantada y gruesos terrones aparecían revueltos con la grama, el helecho macho, la verdolaga. Acá y acullá bichejos y lagartos de tierra descansaban opíparamente al sol, soñando quizá con permanecer eternamente en esta delicia y mirando a los niños con sus vivos ojos de párpados sebosos. Las hojas del arado habían arañado hondo las vísceras del seco terruño, sacando a relucir a las ardorosas caricias del sol sus entrañas lívidas, sus tendones rojos, sus venas agrietadas de polvo. Era una savia muerta que se aprestaba a vivir.

La diestra del sendero acunaba en sus ubres a los tallos amarillos de los maíces jadeantes y a las yemas coruscosas de las espigas de trigo. La tierra, durmiendo su sueño de gestación, generaba de sus matrices viva sangre, arteria y pulmón para vivificar los altos tallos verdiamarillos y las piñas granadas de los maíces fecundos. Tras el verticalizado temblor de las gualdas crestas, el arroyo sanguinoso de la tierra desembocaba en las yemosas raíces de las espigas triguales y las inundaba de ese rumor viscoso y dulzón que, torrenciando por la fina varilla de la planta, venía a adormecerse en la vaina guardadora de los granos multitudinarios, de donde saldría el pan de todos.

Los niños seguían avanzando con rapidez. Sus botas hacían un ruido de seco pah pah al pisar el terreno machacado por carros, hombres y caballerías.



- Estoy contento - dijo Tobías - Por fin empezamos. Siempre he querido ir a la montaña. Todos dicen que irán, pero no sé de ninguno que haya ido. Padre dice que los cabreros y los pastores no se han atrevido siquiera. Que todo lo que cuentan son embustes.

Marcelo rió con fuerza, ilusionado de ojos:

- Nosotros seremos los primeros ¿no, Tobías?

- Sí - dijo éste con resolución - Pero tenemos que darnos prisa. Ya llegamos - añadió, al divisar el porte de hierro que señalaba el término de la finca.

Tras pasaron la portona herrumbrosa y se encontraron en el camino vecinal que por un lado conducía al pueblo y por el otro a la sombra lejana y grisazulada de la montaña. Ahora la tenían enfrente.

- Mira, Marcelo - se detuvieron, con los ojos colgados del horizonte - Ahí la tenemos. ¿Qué te parece? ¿Verdad que es bonita?

- Sí que lo es. No sé cómo no se me había ocurrido antes venir. Bueno, se te ha ocurrido a tí.

- Es lo mismo. Pero cállate... Y mira...

Se quedaron contemplándola. El sol, alargando sus brazos dorados, derramaba topacio y rubí sobre la cima, ~~xxkde~~ la que se destacaba la ermita de rubias carnes, encendidas en la majestad de un día esplendoroso. Los cuatro montes que rodeaban la montaña madre, veteados de oro en sus cumbres, sombreaban de grisáceo zafiro sus laderas antes de desplomarse vencidos sobre la parda llanura, en una última explosión de fiereza.

- Es preciosa. Yo siempre he querido ir - exclamó Tobías, con los ojos apasionados y las palabras susurrantes de ensueño - Pero papá no hacía siempre más que decirlo. "Iremos a la montaña", pero nunca se decidía.

- Yo creo que no iré en su vida - dijo Marcelo, - Verás cómo se queda cuando se lo digamos. Por que se lo diremos ¿no?

- Ya lo creo - contestó su hermano, echando a andar - Anda, vamos. Se lo diremos y se quedarán como quien se tragó el cazo. Por que iremos has-

ta arriba y veremos la ermita.

¿Quién habrá allí? - preguntó Marcelo, con los ojos muy abiertos.

¡Quién va a haber! Un señor muy viejo con una barba blanca. Un ermitaño  
Todos los ermitaños son así.

- Ya - contestó su hermano, parpadeando - ¿Y qué más habrá allí?

- No preguntes tanto - replicó con impaciencia Tobías - Luego te cansas enseguida. Hay que ahorrar fuerzas. Es mejor que te calles ahora. Cuando nos toque descansar, entonces hablaremos.

- Bueno - rebufó el otro, algo amoscado.

Tobías lo miró y sonrió con aire protector, dándole una palmada en la espalda.

- No te enfades, hombre. En la montaña hay muchas cosas bonitas. Ya verás. Además allí hay agua, mucha agua, más de la que tú hayas visto en tu vida. Hay ríos, arroyos, árboles. Toda clase de árboles...

- ¿Y tú cómo lo sabes?

- ¡Cómo lo voy a saber! ¿No ves que no he ido? De oídas, la gente habla y a uno se le pega. Ahora, a callar, que nos queda mucho camino.

Caminaban cada uno frente al otro, hollando ambos lados del camino. Así aprovechaban la fugaz sombra que cada largo trecho proporcionaba la hilera de encinas plantadas junto a las cunetas.

Era un camino vecinal más ancho que <sup>que</sup> el habían recorrido, pero que era parejo en sequedad y dureza de marcha. Las mismas huellas de caballadas, los mismos surcos de carros, la misma polvorienta aridez. Se desprendía de él un vaho de desolación solitaria que no bastaba a atemperar la tupida sonbra de los árboles.

Durante un largo rato caminaron frontera izquierda de su heredad. Luego empezaron a recortarse a su alrededor tierras, hombres y animales extraños. Ellos procuraban pasar inadvertidos, pero cuando no había otra solución, hacían un saludo lejano y seco, levantando el brazo. Así pasaron casa de Manrique, casa de Teófilo Méndez, y la de los hermanos Quintanales. Brega fe-

bril de recolección, rostros morenos sudorosos bajo el sombrero de yuta, brazos incansables manejando hoces brillantes, hombres y mujeres recalentados bajo el sol, cicatero premio del trabajo duro, pan ganado trabajosamente a la tierra. Comunidad de brazos levantados, sacando de su seno el diario vivir y sintiendo en sus tendones, uno a uno, el esfuerzo necesario para encontrar la supervivencia.

- Mira - dijo Marcelo, señalando a una casuca no muy lejana - casa de Pedrín. ¿Lo llamamos?

- No, porque nos preguntaría adonde vamos. Ya nos ha visto demasiada gente. Tenemos que aprovechar que está solo Sultán.

- ¿Dónde? No lo veo...

- Míralo - Tobías extendió el brazo, sin dejar de caminar - ¿No ves el hocico saliendo de la perrera?

- Sí, es verdad. Vamos ligero.

Dejaron atrás la casuca. Caminaban con la cabeza inclinada, buscando proteger sus ojos de la fuerte luminosidad del día. Tobías la alzaba de vez en cuando y sus ojos, entornados y cálidos, se fijaban en la montaña, que parecía imantar todos sus movimientos.

- Ahora pasamos por casa de Luisito González - dijo Marcelo.

- Sí, por esta parte no hay casi nadie. Aunque los que hay están bastante ocupados con lo suyo... Pero siempre extraña que nos vean tan lejos de casa - Hizo una pausa, deteniéndose - Pero me extraña una cosa. No hemos tropezado hasta ahora con nadie por el camino.

- Por aquí pasa poca gente.

- Sí, claro, lo que pasa es que hay otro camino mejor por el otro lado. Por allá pasa el cosario y los carreros. Tiene más árboles y es más ancho.

- Y no da rodeos. Lleva derecho.

- Sí - contestó Tobías, pensativo, volviendo a andar - Además, aquel no es el camino de la montaña.

- Pero este lleva a otras partes.

- ¡Claro! ¿No va a llevar? ¿Crees que van a hacer un camino sólo para ir a la montaña? Aunque lo merecía.

Marcelo se paró, pasándose la manga por la frente, parlada de finas gotitas de sudor.

- Estoy cansado - dijo - Llevamos ya mucho tiempo andando.

- Pronto te cansas tú - contestó Tobías deteniéndose y limpiándose el sudor a su vez - Pero es verdad. De cuando en cuando hay que descansar. Mira, ya nos queda muy poco para terminar los pagos. Dentro de un rato saldremos a campo libre.

¿No decías tú que no se veía nadie por aquí? - exclamó Marcelo, extendiendo el brazo - Allí se ve un carro.

Tobías alzó la cabeza y oteó durante unos segundos.

- Sí, es el del tío Zuela. Nos ha visto ya. Estate quieto. ¿Qué le decimos? ¡Ah, ya sé! - dijo, dándose una palmada en la frente - Tú, punto en boca. Ni una palabra.

Un carro, viejo como la cara arrugada del tío Zuela, comparable sólo en edad a la aviejada y cansina mula que tiraba de él, avanzaba por el estrecho sendero. El tío Zuela, un hombrín de ojos azules y de piel tan oscuro como la madera antigua, venía montado en la vara.

Quando estuvo a unos diez pasos, se dijo en voz alta, haciendo de pantalla con las manos en su mirar:

- Si no me equivoco, estos son los de Lucientes. ¿Qué hacéis por aquí, chavales? - preguntó, parando delante de ellos el carro con un simple tirón de las riendas - ¿Qué se ha perdido por aquí?

¡Hola, tío Zuela! - saludó Tobías con el mayor desenfado posible, aunque le latía fuerte el corazón - ¿Trae usted buen viaje?

Los ojos cansados del viejo abarcaron a los dos niños con su fatigada expresión de costumbre.

- Yo siempre traigo buen viaje, hijos. Lo que es menester que el último, que está próximo, sea bueno también.

- ¿Se retira, usted, tío Zuela? ¿No sigue usted con la profesión? - preguntó Tobías con desparpajo - Siempre de viaje. Se habrá cansado, claro.

- No me has entendido, hijo. Soy ya muy viejo y poco me queda. A eso me refería - y el viejo miró melancólicamente el carro y la mula - No estoy ya fuerte. Ni éstos tampoco. Poco, poco nos queda - añadió, meneando la cabeza.

Los niños le miraron con pena. Tobías preguntó:

- ¿Está usted malo?

- ¿Malo? - repitió distraído el carrero, mirando pensativamente por encima de ellos - Sí, - dijo, bajando los ojos - Malo de adentro. Son ya muchos años, muchos, sentado en este palo. Yo ya no iré a la montaña.

Los niños lo contemplaron sin decir. El tío Zuela salió de su meditación y preguntó con escaso interés:

¿Dónde váis por aquí?

Tobías, que esperaba la pregunta, contestó:

- Ibamos a casa de Bernardo Mancera. Padre tiene sólo dos hoces y necesita una más. Bernardo tiene muchas y nos la podrá prestar.

!Vaya una ocurrencia! - comentó el viejo, añadiendo para sí - !Mandar a unos niños por una herramienta tan grande! !Y tan lejos!

Se quedó mirándolos con su mirada apagada. De pronto, dió una palmada al anca de la mula y ésta echó a andar. Los niños se apartaron.

- Adiós, hijos - se despidió, alzando la mano.

- Adiós, tío Zuela - respondieron ellos a la brusca despedida.

El carro, chirriando dejes, siguió adelante, arrastrado por la vieja torda y llevando con trabajo el cargamento de ladrillos, que hacía un cloqueo machacón al chocar uno con otro.

Los niños respiraron aliviados al verlo alejarse. Enervados con el ardor

del sol, que estaba en todo su cenit, echaron de nuevo a andar. Marcelo volvió a quejar su cansancio.

- Mira - replicó Tobías, extendiendo el brazo y señalando la urdimbre del vallado alambraí - Allí termina esto. Allí descansaremos.

Marcelo se animó, emprendiendo ambos vigorosamente el fin de la última etapa. Anduvieron unos doscientos metros, deteniéndose al fin a la sombra de la última encina del camino. Se dejaron caer al pie del árbol, tendiéndose Marcelo y sentándose Tobías.

- ¿Estás muy cansado? - preguntó el mayor.

El otro sonrió débilmente, seco de lengua.

- No, pero es que hace mucho calor y tengo mucha sed.

- No hay que preocuparse - dijo Tobías, gesticulando animoso - En cuanto avancemos un poco, empezará a soplarnos en la cara el fresquito de la montaña. La calor empieza a bajar. Así lo dicen todos.

- Estamos ahora a media mañana sólo - objetó el menor.

- Sí, pero la montaña no está ya lejos y la calor no puede ser ya muy fuerte. Eso lo sé. En cuanto andemos un poco, soplará algo de fresco.

- ¿Tú crees? A mí me parece...

- En este tiempo, cerca de la montaña no hace ni calor ni frío. Verás qué bien en cuanto andemos un poco.

- ¿Cómo lo sabes? - Marcelo intrigóse.

- ¿Que cómo? Pues sabiendo - contestó el mayor, displicente - ¿No has visto nunca fotos de montañas? Todas están blancas por la nieve.

- Pero esta no, esta no está blanca ni mucho menos.

- Porque no es invierno. ¿Qué quieres? ¿Que hubiéramos venido en invierno para pasar frío? Ahora se está allí la mar de bien.

- ¡Menos mal, porque aquí hace bastante calor!

- ¿Tienes hambre?

- Yo no ¿Y tú?

- Yo regular - dijo Tobías - pero me aguantaré las ganas hasta después. Comeremos ya bien cerca de la montaña.

- Entonces ¿cuánto nos queda?

- No sé. No tenemos reloj. Pero creo que llegaremos al pie de la montaña a las tres o las cuatro de la tarde.

- ¿Cómo será la montaña? - preguntó Marcelo, recostándose cómodamente y procurando no dejar parte de su cuerpo fuera de la sombra del árbol. Sus ojos se enternaron, ilusionados.

Tobías se tendió a su lado y contempló la velluda excreción del árbol, deteniéndose con morosa delectación en la correosa geometría del fruto. Una sonrisa afloró a sus labios. Había una cálida ensoñación en sus ojos.

- La montaña - susurró - Yo sólo sé cómo es lejos. Marcelo ¿qué crees tú que habrá en la montaña?

- Cosas buenas - contestó rápido Marcelo.

- Pastelillos de nata ¿no? - Sonrió con picardía.

Marcelo rió con alborozo, riéndose de sí mismo:

- Quizá. ¿Por qué no va a haberlos? O de hojaldré... O tocino de cielo.

- ¡Ja, ja! Estaría bueno - Luego hizo una pausa, poniéndose serio - No, allí habrá otras cosas. Tú no piensas más que en comer.

- Tú lo dijiste primero - rió Marcelo.

- Porque sabía lo gioso que eres, tunante. Anda, vamos - dijo, levantándose y sacudiéndose el polvo de la ropa.

Su hermano le imitó con rapidez, aprestando cada uno su cayado; echaron a andar, ya algo descansados los cuerpos.

- ¿Tienes sed? No tuve ocasión de conseguir anoche la cantimplora.

- Estoy seco del todo - repuso Marcelo - pero este rato que hemos estado ahí a la sombra... Ya no tengo tanta sed como antes.

- Nos pararemos en la primera casa que veamos a pedir agua. Yo también tengo bastante sed. Andemos un poco de prisa. Ya parece que se nota algo

menos de calor.

En efecto, del norte de su caminata, parecía que del denso e inmóvil día, había nacido una breve flecha de frío que, pugnando angustiada con el calor que venía de lo alto, reverberado en el suelo, venía a hacer más soportable la marcha bajo el sol.

Los niños traspasaron la última cerca y se encontraron en el campo libre, surcado de breves senderos en todas direcciones, con matorrales espesos alrededor de sus pies. Con sus pañuelos habían cubierto sus cabezas, marchando uno tras otro, con las cabezas inclinadas para evitar en los ojos la poderosa reverberación de la fuerte luz del día. Desde entonces caminaron a campo traviesa; tan numerosos eran los caminejos abiertos en la tierra por el paso de cabreros, pastores y animales.

El paisaje, seco y maravilloso, había cambiado totalmente; pero las tierras pobres seguían dominando.

Venía un campo fuerte y desolado de tierra ocre, rebasadas las eras. El cielo, duro y bruñido como un metal, reverberaba en zafiro. La esplendor áurea del sol se quebraba en luminosidades sobre la rojiza tierra pedregosa, salpicada sólo por las pardas manchas de los encinares; la encina era el único árbol grande <sup>de</sup> aquellos páramos. Con su vejez acrisolada de cielos y vientos, semeja ~~una~~ una fuerza eterna, que el vendaval ni tuerce ni sacude. La hojada es espesa, dentada y inmutable; veranos e inviernos pasan sobre su piel, y sus hojas, centinelas eternas en la atalaya de su copa, vigilan celosamente los viejos horizontes avizorando el viento, el enemigo siempre vencido.

Llevarían andando alrededor de una hora, buscando siempre fugaces sombras de árbol. Sus rostros estaban brillantes de sudor; caminaban silenciosos, buscando el ahorro de energías. La densa caligine que se desprendía de la tierra era apenas atemperada por los tenues ramalazos de viento que vez en cuando soplaban de la montaña.



- ¡Mira! ¡Una casa! - gritó de repente Tobías - Allí habrá agua.

En efecto, como un brochazo de cal en la solitaria inmensidad, una casue-  
la aparecía sembrada en la llanisca. Más allá, navegando entre las mieses  
doradas, un grupo de hombres se afanaba en labor, alzando y encorvando los  
cuerpos, en un puro esfuerzo de consolidado dinamismo. Medina docena de mu-  
los apletaban sus lomos bajo las cargas amarillas de los gavillones. Luego  
eran conducidos en reata a descargar en los silos.

Los niños apretaron el paso, enfilando a la casa. Era pequeña, con un  
pozo de brocal ancho y una vaca mugidora delante de la puerta. Un perrazo  
enorme, atado a la caña de un poste, los salió a recibir. Una mujeruca,  
maltratada por los años y los trabajos, con buenas muestras de mal genio  
en la cara, apareció en la puerta. Los niños se habían detenido, sin osar  
acercarse.

¡Calla, Can! - gritó la mujer, acallando los ladridos del guardián.

Este, gruñendo aun, pero temeroso, dejó de ladrar. Ella miró a los rapa-  
ces fijamente durante unos momentos, preguntado luego con brusquedad.

- ¿De dónde han salido ustedes? ¿Qué queráis?

- Perdone usted, señora - respondió Tobías con suave firmeza - pero ve-  
nimos andando bastante. ¿Me haría el favor? Un poco de agua.

- ¿De dónde venía? - inquisió la mujer sin moverse.

- De allí - Tobías señaló a su espalda.

- Todos vienen de allí - retintineó burlona la casonera - ¿Y adónde váis?

- Allí - volvió a señalar el niño, esta vez en dirección opuesta. Su ros-  
tro era inescrutable. El sudor habitaba en cada uno de sus pliegues.

La mujer lo miró, frunciendo el ceño durante unos momentos, endurecida  
la mirada, mirándole al fondo de los ojos. Su cara se crispó un segundo, lue-  
go se ablandaron los pómulos. Dijo con voz más amable ;

- Sois todavía muy niños para andar por estos sitios - señaló el pozo -  
ahí tenéis todo el agua que queráis.

Y se metió en la casa, empujando de paso al perro con la pierna. Este se apartó con celeridad. Los niños se dirigieron al pozo, sacando agua de su entraña; hociqueando, sació primero Marcelo su sed; luego, Tobías.

-Vamos a comer ya - dijo éste

¿Aquí? - preguntó Marcelo con gesto temeroso - Esa mujer me da miedo.

-No te preocupes. No parece mala, después de todo. Pero comeremos bajo aquellos árboles - y señaló dos encinas, que juntaban su sombra - Luego, podemos volver a beber aquí.

Comieron allí, al amparo de las dos hembras arboráceas.

Luego fueron a beber al pozo, cuidando de esponjar bien la comida, pues ya no encontrarían agua hasta llegar al filo de la montaña. Volviendo después a las encinas, se tumbaron bajo su sombra, descansando un rato sin decir palabra.

Al cabo de este tiempo, Tobías pegó un salto, sacudiendo ligeramente a Marcelo, que había entornado los ojos, amenazando con quedarse dormido.

- Vamos, no hay tiempo que perder. Ya hemos descansado bastante. Dentro de un rato largo estaremos al pie de la primera montaña.

Marcelo bostezó ampliamente y poniéndose de pie emprendieron la marcha, echándose al hombro sus respectivos cayados. El de Tobías colgaba a su extremo los restos de las viandas porteadas que no habían consumido.

El paisaje, a medida que caminaban, iba cambiando. Ya se iban perfilando con nitidez los contornos de las montañas y el terreno que pisaban se volvía montuoso y blando y elástico bajo el pie. Árboles que ellos nunca habían visto surgían tras las encinas, viejas conocidas. El terreno, desigual de barranqueras, hombreada en rocas, que parecían sacudidas inapelablemente de la fuerza poderosa de las montañas enigmáticas. La fofa caricia de la tierra hacía presentir la proximidad del agua y el hojaje verde de las plantas vislumbraba su alianza con el sol nutritivo.

Al fin surgió ante ellos, como vendada lentamente a la superficie de su vista desde el tormentoso fondo de sus cansadas retinas, la primera monta-

ña. Esta, como las otras tres que circundaban a la montaña madre, era seca y dorada, piedra y roca, luz amarilla que rutilaba al sol. Herbajos intratables de rojiza cáscara fluctuaban al amparo ardiente de las piedras, desolados de soledad. La montaña alimentaba una belleza de volcán sin nacer; esperando quizás que algún día brotase de su interior la súbita llamarada de la lava rojiza, el esplendente fuego de una naturaleza que estuviese aun por revelarse y que aguardara a alguien que convirtiese la dureza del basalto en algo ígneo, móvil, fluyente, impetuoso, mortal.

Los niños se detuvieron, contemplándola. Se notaban terriblemente cansados. El sudor bajaba lentamente de su frente, sin que ellos, cansados y absortos, hicieran lo más mínimo para secarse.

- Es bonita esta montaña - dijo Tobías, sin entusiasmo. Luego, animándose, con los ojos brillantes - Pero aquella es mejor. Allí habrá agua, mucha sombra y podremos descansar al pie. Vamos.

Marcelo no dijo palabra. Tan cansado se sentía que echó a andar bamboleándose ligeramente, sin apenas fuerzas para sustentar el cayado. Por fortuna, cuando trasvasaron la falda, se les reveló súbitamente la gran montaña a unos trescientos metros. A su parejo nivel se destaba otra de las montañas, idénticas a la que habían dejado.

Breñuda e intratable a trechos, se veía resurgir una fresca vegetación agarrándose a los intersticios de las rocas. Arbolado de verdosa copa se destacaba en las principales prominencias. Finos hilillos de agua, como gotas de sudor en cara de hombre, flotaban lentamente por entre los grandes escalones pétreos de desigual longitud, bajando parsimoniosos a las irregulares haldas de la montaña y formando un gran lago en su fondo. Podría ser la visión de una gran cabeza, emergiendo del ahogo del un mar profundísimo.

La gran montaña, que tanto habían ellos soñado. A sus pies se sentían ellos infinitamente pequeños. De lejos, en la alta distancia, se veía la lontananza del santuario. Fueron avanzando y viendo como, de cerca, las perspec

tivas todas se agotaban en un llenarse la visión de piedras hirsutas, musgos verdosos y blandos riachuelos que venían a morir en el lago inexorable, muerto ya su dinamismo.

Tobías y Marcelo fueron rodeando el lago hasta encontrar un vado, por donde llegaron al borde mismo de la ladera. Allí se tumbaron a la sombra de una roca. El derrengamiento se les notaba en cada uno de los poros del cuerpo. Tobías, sin embargo, estirando la barbilla, rió, señalando hacia arriba:

¿Qué te parece? - Su rostro estaba cansado, pero animoso.

Marcelo se volvió de costado, mirándolo con aprensión. Toda su antigua entereza había desaparecido. Balbuceó:

¿Tú crees que podremos subir por ahí? No hay caminos.

- Sí, los hay. Los he visto. No te preocupes. Con huellas de cabras y de hombres. Claro, serán pastores. Mira - y se ladeó un poco para dejar pasar la visión de su hermano - aquí mismo se nota - señaló un punto - Por aquí podremos subir.

Marcelo, a pesar de todo, no las tenía todas consigo. Su cansancio, a igual que el de Tobías, era más aparente que real y sus nervios continuaba en estado de percibir completamente frescas las sensaciones. Y las producidas por las altas montañas perduraban tan recientes en su ánimo, que vaciló bastante antes de hablar.

- No sé. Es muy alto esto. ¿Tú crees que podremos llegar?

Tobías se alzó repentinamente, poniéndosele delante y fijando sus ojos en él.

- Todo depende de tí, sólo de tí - dijo - Por mí dentro de nada estaríamos arriba. ¿Qué te pasa?

- Estoy muy cansado - vaciló Marcelo.

- No es verdad. Lo estabas hace un momento. Pero ya no tenemos calor, tenemos comida y podemos beber todo el agua que queramos. ¿Qué más quieres?

No hemos llegado hasta aquí para quedarnos al pie. Hay que subir - añadió con determinación - Si tú no quieres, me iré yo solo...

Se quedó esperando un momento su respuesta. Viendo que Marcelo se acurrucaba sin responder, frunció el ceño y se sentó a su lado, mirándolo.

- Mira, Marcelo, fíjate en todo el camino que llevamos recorrido - extendió su brazo derecho, señalando hacia delante - Es mucho camino. Además ¿no tenías tú ilusión por conocer la montaña? Ya la has visto y es muy bonita. Hemos llegado hasta la falda y hemos visto este bonito lago. Pero arriba debe haber cosas mucho mejores. Yo he oído contar que en los primeros <sup>escalones</sup> está tan honda la tierra, que se puede decir es un pequeño valle. Y tiene que ser así, porque nosotros desde abajo solo podemos ver el filo del escalón. - Hizo una pausa, quietos sus absortos ojos sobre el lago - Es una cosa que nadie que conozcamos ha visto. Todo es de oídas. Y nosotros podemos verlo. Lo tenemos tan cerca.

Marcelo había bajado los ojos, pensativo. Su boca se frunció en un gesto de duda. Se veía luchar dentro de él el miedo y el anhelo. Un miedo irrazonado, cuarteado de fisuras su interior, se agazapaba dentro. Por otro lado, el eco que despertaban las palabras de su hermano, eco que traía ondas antiguas de las leyendas de pueblo, aquel deseo largamente gestado por la raza, aquellos mil pequeños deseos creados por su hermano y que le fueron comunicados por él, un conglomerado de menudas luces interiores que luchaban ya victoriosamente contra las bascas del miedo.

Se levantó, sacudiéndose cuidadosamente la tierra. Su boca se había afirmando en un gesto de pequeña decisión. Tobías le imitó.

- Vamos a subir, venga.

Su hermano sonrió imperceptiblemente. Avanzaron la sombreada protección de la roca y avanzaron pegadas a la falda, buscando sitio bueno por donde subir. Una vez encontrado - se veían escalones formados por el hombre - hincando el cayado en la tierra, fueron subiendo agarrándose con la

mano izquierda a los matorrales de los lados. El sol caía de plano sobre ellos, haciéndolos sudar abundantemente. Pero la tenacidad de Tobías iba triunfando y poco a poco iban dejando atrás la altura del primer escalón. Al fin llegaron al reborde breñoso de la primera escalada, sentándose a descansar. El reborde, visto desde lejos, semejaba una gruesa cortadura en el alvéolo de la montaña. Visto de cerca era una pequeña meseta enguinaldada de rocas, con alguna zona verde y un minúsculo riachuelo de varios brazos. Había allí una especie de cueva en la que se refugiaron los dos niños, buscando sombra.

¿Llegaremos pronto arriba? - preguntó Marcelo, desplomándose contra el suelo,

- Estás cansado ¿eh, gordo? Claro, tienes mucha tripita. - Y cariñosamente le dió una suave puñada en el vientre.

- Sí que lo estoy - contestó Marcelo, con un gesto entre cansado y risueño - ¿Faltan aún muchos escalones que subir?

- ¿Escalones? - rió Tobías - Pues no. Poquísimos.

- ¿Como cuantos?

- ¡Hombre, qué quieres que te diga! - se encogió de hombros - Los escalones los hay en las casas, pero aquí en la montaña, no.

- Tú eres un cazurro - le espetó su hermano - No quieres decirme lo que falta ¿Por qué?

- Sí, hombre, te lo voy a decir. Como mucho mucho, sí - habló Tobías muy serio - ¿Tú has subido alguna vez al campanario de la iglesia?

- Claro que sí. Todo el mundo ha subido... Hasta el Pelas...

- Bueno, pues una cosa así y un poquito más.

Marcelo frunció el ceño, viendo los brillantes ojos burlones de su hermano. Puso una cara fosca y dijo, irritado:

- Contigo no se puede hablar. Estamos hablando en serio.

Y cerró la boca, enmudeciendo. Su hermano tuvo una sonrisa particular.

- Bueno ¿has descansado, gruñón? Tenemos que ver como es todo esto.

Ya Marcelo, a pesar de sus quejas, se encontraba un tanto descansado, por lo que sin decir palabra se puso en pie, dirigiéndose ambos a la salida de la cueva. Sus pies, vacilando ligeramente sobre las escarpaduras del terreno, se iban ya acostumbrando a asentarse con firmeza. Empezaron a dar la vuelta a la montaña, a pesar de la dificultad que presentaban las numerosas rocas esparcidas entre matojos verdes y aguas bajantes.

Tobías marchaba delante, siguiéndole Marcelo. Un arroyuelo que descendía finamente de la cumbre les interceptó el paso. Pisaron sobre los cantos rodados que desprendidos de arriba habían formado un irregular camino sobre el agua al quedar posados en el fondo, con la cabeza sobresaliente.

Casi habían concluido de dar la vuelta sin haber visto nada extraño, cuando un grito de Marcelo hizo detenerse a Tobías. El primero se había detenido, señalando con la mano un punto sobre las rocas.

- ¿Qué pasa? - preguntó Tobías, haciendo visera con las manos, pues el sol le daba en plena cara.

- ¿No ves? Un nido.

El mayor escrutó entonces con mayor atención, acercándose precavido. Cobijado en el hueco de una peña y protegido del sol, había un nido de buitres. Había tres pequeñajos con largos vellos de recién nacidos cubriéndose la carne sucia y fibrosa. Al sentirse observados empezaron a graznar de una manera desagradable, abriendo mucho la boca y mostrando pánico en los ojos saltones carentes de párpados.

Marcelo había seguido a su hermano, tras unos momentos de vacilación.

- Ven, hombre - acució Tobías, haciendo que se aproximara más - No creí que tuviéramos aquí ya a los buitres. Son feos, feísimos.

- A mí no me gustan - refunfuñó Marcelo, entre gruñón y teneroso - Son capaces de cualquier cosa.

- ¡Calla, tonto! Estos no pueden hacer nada. ¿Ves lo chicos que son? Va-

mos a ver si hay huevos - Y se acercó más, sin hacer caso de los graznidos de los pequeñajos, que le amenazaban con sus corvos picos.

!Ten cuidado! - se asustó Marcelo, retrocediendo - No lo toques con las manos. Te pueden picar - Miró a su alrededor, diciendo con temor - ¿Y los padres...? ¿Dónde están?

Tobías no había hecho hasta ahora más que observar el nido. Se volvió a su hermano, riendo:

-!No tengas miedo! !No pasa nada! Los padres están lejos, buscando comida. ¿Tu no ves que es muy raro que venga gente por aquí?

Marcelo, a pesar de las seguridades de su hermano, se encontraba amedrentado, moviéndose detrás de él y observándole intranquilo. Tobías desanudó el paquete de comida del extremo de su cayado y hurgó con la punta de este alrededor de los bichejos, buscando algún huevo por desyemar. En efecto, había tres muy grandes.

- Nos llevaremos uno - dijo - Criaremos un buitre en la casa.

- ¿Para qué?

- ¿Para qué va ser? !Qué pregunta! Para tenerlo. ¿Para qué tienes los pollos y las gallinas y el gato? Lo criaremos como un gato o un perro.

Marcelo estaba asombrado. Vió como su hermano, sin hacer caso de los picotazos y alstidos de los buitres, intentaba sacar uno de los huevos del nido, trayéndolo hacia arriba con la punta del cayado. De improviso se volvió, varido de un presentimiento. Un escalofrío gelatinoso se le precipitó en el estómago, subiendo de inmediato en una loca lucha por las paredes del esófago y pugnando por alcanzar su garganta.

-!Tobías! - Gritó. Y entonces la gelatina le llegó a la garganta, impidiéndole bruscamente el decir.

El desgarró del trito, sofocado enseguida, hizo pegar un salto de asombro a Tobías. Y entonces, lo vió.

El padre, el buitre, el dueño del nido. Un animal de tamaño más que re-



gular, aspecto agresivo, graznando furiosamente, con las alas azotando el aire en un veloz planeo, dirigiéndose recto hacia ellos. El pico, corvo y agudísimo, se abría en una descarnada sensación de aprisionamiento. Las garras, garfios de alargadas uñas, se curvaban en veloces movimientos siniestros.

Los niños sintieron reacciones dispares en las breves décimas de segundo que el buitre tardó en precipitarse sobre ellos. Marcelo quedó sobrecogido, mientras su hermano, reaccionando con rapidez, lo empujó con fuerza derribándolo al suelo y precipitándose él también, mientras sentían pasar sobre sus cabezas, en vuelo sesgado de través, la veloz sombra del pájaro, errada la trayectoria de su giro.

Tobías se alzó con rapidez, buscando sitio para refugiarse de la próxima embestida del ave, pues ésta, tras agitar las alas con evidente furia, se disponía a un nuevo ataque. El hueco de la roca donde se encontraba el nido resultaba tan pequeño que no había que pensar en él. Gritó a su hermano que se levantara y cogiendo el cayado, al tiempo que ~~él~~ lo hacía él. Pero Marcelo, con la cabeza metida entre las rodillas, estaba demasiado asustado para moverse. Entonces Tobías, de un salto, se precipitó ~~hacia~~ ~~hacia~~ en busca del garrote, volviendo al lado de su hermano y asentando sus pies firmemente en tierra. Así, esperó.

El buitre veía su aplomo con lentitud, presintiendo que esta vez no fallaría. Hubo un tramo de varios segundos, en una expectación casi dolorosa, entre el niño que aguardaba y el animal que buscaba la forma de mayor eficacia para herir.

Tobías sentía en las piernas una aplomada sensación de inercia, como si perteneciesen a otro y la sangre suya no corriera por ellas. Su cerebro permaneció limpio y tranquilo durante unos segundos, luego se le llenó de una llamarada como si toda la sangre que había recorrido sus piernas hasta aquel momento, hubiese saltado impetuosamente hacia arriba, caldeando su

corazón y haciendo que sus pequeños brazos se irguieran, hicieran un largo movimiento giratorio apretando fuertemente el garrote y lo descargara con sólida precisión sobre aquella cabeza negra, aquel pico corvo y repetitivo, aquel cuello que se le antojó de una dureza eléctrica, como si estuviera hecho sólo de cordones tirantes que hubiesen aguardado sólo el golpe del cayado para vibrar con una intensidad hasta entonces desconocida.

La rudeza del trallazo, producto de la acumulada fuerza nerviosa del niño, hizo aturdida la feroz expresión del buitre, haciendo retroceder su ímpetu. Graznó con furia y sus ojos intensos se posaron sobre los niños, el caído y el que le hacía frente, con una vieja expresión de furioso dolor. Enderezó las alas y voló nuevamente, quizá esperando algo que estaba a punto de suceder.

- Espera a la buitra - dijo Tobías con la seguridad de una fuerte intuición - Vámonos enseguida.

Marcelo, viendo que el buitre, aunque amenazante, había hecho un alto en su hostigación, se tranquilizó algo, atreviéndose a sentarse, tembloroso de rodillas.

- Vamos, levántate - le instó su hermano, agarrándole del brazo y ayudándole a levantarse, pero sin perder de vista a su enemigo - Ese ya no se acerca. Le teme a éste - y señaló el palo - Pero si lo hace - se volvió a Marcelo y viendo ya relativamente tranquilo - le podríamos dar los dos a la vez y escarmentarlo. ¿Te atreverías tú a darle? Pero vámonos deprisa, no sea que venga la hembra... Es más peligrosa...

Se dirigieron al borde, decididos a bajar, único sitio de protección que veían. No perdían de vista al buitre, que impaciente al ver que tardaba su compañera, se les acercó peligrosamente.

Tobías detuvo a Marcelo, que se disponía a bajar.

- Espera, no podemos bajar ahora. Si nos coge en mitad del camino, hemos hecho. Este se nos echa enseguida encima. Hay que esperarlo aquí.

Vámonos al mismo sitio donde estábamos. Nos dará suerte.

Retrocedieron. No sentían la calor ni la sed ni nada. Esperaron.

- ¿Te atreverías tú a darle? - preguntó Tobías sin mirar a su hermano, observando fijamente al animal.

Marcelo compuso un gesto vacilante. Su cara no había recobrado aun su color habitual. Plomeaba ligeramente aun, como si oleantes bascas le nadaran dentro del cuerpo.

- No sé... Me parece que sí... Si le das tú primero...

- Bueno, es que yo no sé a quién se tirará. Puede tirarse a mí primero o a tí... No sé...

- ¿Que puede tirarse a mí? - preguntó el pequeño, seco de garganta y oleaginoso de faz - ¿Quieres decir que...? - E hizo un gesto expresivo.

Su hermano lo tranquilizó con un ademán.

- No te preocupes. Yo soy el mayor y siempre verá mi figura mayor que la tuya. Además, es un buitre cobarde. ¿No ves? No se decide.

Lo observaban. Planeaba en círculo, como esperando algo que no se producía. Los niños, instintivos, apretaron sus armas. Al fin agitó sus alas más fuertemente y se precipitó contra ellos.

Tobías le vió venir hacia sí, pero buscándole el costado. Giró con rapidez, propinándole un fuerte garrotazo en el cuello, que mantuvo silenciosamente tenaz al animal. Marcelo, a su lado, petrificado de terror, ni siquiera se había movido, contemplándolos con ojos desorbitados.

Hubo una escala de segundos, de apretadísimo ritmo. El momento en que el buitre, abatido ya el arma del niño, reaccionaba con un poderoso batir de alas y volvía a la carga, mientras Tobías, dando un salto hacia atrás, apretaba convulsivamente el garrote con las manos crispadas y lo alzaba nuevamente, luchando con el animal en una apretada síntesis de fuerza y espacio. Sus manos, de nudillos emblanquecidos, porfiaron duramente un segundo, convulsas y tenaces. Finalmente, marejando el palo con veloces con-

traataques, consiguieron rechazar aquel mar de alas trepidantes, aquel pico avaro de su cuello, aquellas patas sarmentosas que amenazaban clavarlo, aquellos ojos de fiera frialdad cuyo recuerdo nunca perdería. El buitre, en una basca de viva impotencia, reculó con lentitud, alejándose por fin. Su cuerpo, estremecido, volvió a coger el espacio.

Los niños le vieron marchar. Tobías aspiró el aire con avidez, sintiendo que le llegaba hasta el estómago, llenádoselo de calor frío, un calor suave y agradable como nunca había sentido. Su corazón palpitaba ahora con latidos fuertes, pero acompasados y rítmicos sin embargo. Se sentía magníficamente cansado, terriblemente cansado. Recordó cómo su padre se levantaba sobre los caballos, los domaba, los hacía suyos. Y en la manera como él había rechazado el buitre, creía ver cierta similitud que le ponía los nerviosos músculos en deseo de realizar siempre una suprema obediencia al valor.

Siempre, desde que recordara haber vivido, había sentido la admiración hacia el músculo, vivida en aquel entrelazamiento de ligaduras en que se habían juntado los cuerpos del caballo y del domador, en aquel derramarse de fuerzas, cristalizamiento de sangres y nervios en una última explosión de fuerzas restallantes, en aquellas arquitecturas ideales donde la sangre, el sudor, la carne y el movimiento se ligaban en una sola y acre discordancia para flotar en una última sensación de plenitud.

- - - - -